

Un estudio sobre el concepto de educación en Hannah Arendt*

Ana María Zlachevsky**
 Jorge Acevedo***

Hannah Arendt es considerada especialmente como filósofa política. Sus obras sobre el totalitarismo, por ejemplo, son altamente consideradas. Sin embargo, las meditaciones que hizo sobre lo que acontecía hace algunas décadas dentro de la educación en los Estados Unidos —aunque quizás no tengan plena actualidad respecto de las situaciones por ella descritas—, siguen teniendo plena vigencia para una reflexión seria sobre el fenómeno educativo y, sin duda, pueden esclarecer más de algún problema de los muchos que se presentan actualmente en el ámbito de la educación. De ahí que nos haya parecido

* En lo que sigue realizamos un análisis del capítulo 'La crisis de la educación', del libro *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, de Hannah Arendt. Ediciones Península, Barcelona, 1996. Trad. de Ana Luisa Poljak Zorzut (*Between Past and Future: Eight Exercises in Political Thought*, New York: Viking Penguin, 1968. Antes: *Between Past and Future: Six Exercises in Political Thought*, New York: Viking Penguin, 1961). Con el título 'Die Krise in der Erziehung', el capítulo que abordamos fue publicado originalmente en Bremen: Angelsachsen Verlag, 1958. Fue traducido del alemán por Denver Lindley para la edición en inglés. (Actualmente, hay también versión en alemán del libro en que está el capítulo aludido: *Zwischen Vergangenheit und Zukunft. Übungen im politischen Denken*, Vol. I, München: Piper Verlag, 1994. Edición de Ursula Ludz).

** Psicóloga clínica. Magíster en Filosofía (c) por la Universidad de Chile. Integrante del Comité Editorial de la revista *Pensamiento & Sociedad* (Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central). Fue Directora Académica de INACAP y Directora de la Escuela de Psicología de la Universidad Central. Docente de dicha Escuela y de la Facultad de Psicología de la Universidad Mayor. Directora y fundadora de la Escuela de Psicoterapia Sistemática Centrada en Narrativas. Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Rancagua.

*** Profesor Titular de la Universidad de Chile. Director del Departamento de Filosofía.

pertinente y fecundo destacar esta faceta relativamente desconocida (o insuficientemente tomada en cuenta) de la pensadora.

1. La educación en un país que estaba construyendo un nuevo orden para el mundo, poblado por inmigrantes de distintas etnias —donde el principio de igualdad se daba a ultranza—, por lo que era necesario americanizarlos.

La crisis general que se apoderó del mundo moderno se manifiesta en casi todos los países y en distintos campos.

En los Estados Unidos uno de los aspectos más característico de esta crisis se da en la educación, que se ha convertido en un problema político de primera magnitud. Dadas las experiencias políticas de otros países, producto de las agitaciones revolucionarias posteriores a la Primera Guerra Mundial, los campos de concentración y de exterminio, parece un tanto difícil tomarse en serio la crisis de la educación, y es tentador considerarla un fenómeno local desconectado de los grandes temas del siglo y circunscrito sólo al país del Norte.

No obstante, esta época ha mostrado que todo lo que sea posible en un país, puede también ser posible en otro, por lo que la creencia de que la crisis educacional de los Estados Unidos, considerada como un problema específico y aislado dentro de las fronteras históricas y nacionales de ese país, resulta falsa. Arendt, se considera a sí misma como una persona no experta en educación, pero piensa que existe una razón convincente para que un no especialista en el tema, se ocupe de hacer un análisis del hecho. Esa razón es para ella la oportunidad de explorar e investigar lo que ha quedado a la vista en la esencia del asunto. Se refiere al hecho de la *natalidad*. El hecho de que en el mundo hayan nacido seres humanos y lo continúen haciendo.

Una crisis obliga a volver a plantearse preguntas y exige nuevas o viejas respuestas, pero en cualquier caso juicios directos respecto del hecho mismo. Una crisis se convierte en desastre cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos, con "prejuicios", ya que esa actitud la agudiza y no permite reflexionar en profundidad en lo que la realidad en este caso es.

Nuestra autora nos dice que resulta imposible aislar por completo el elemento universal de las circunstancias concretas y específicas en que aparece una crisis, aun cuando el problema aparezca muy circunscrito. Si bien la crisis educativa afecta a todo el mundo, no es extraño que

encontremos su máxima expresión en los Estados Unidos, tal vez porque sólo allí una crisis educativa podría convertirse de verdad en un factor político; ello sería así debido a ciertas circunstancias históricas del país del norte; en efecto, allí la educación desempeña un papel distinto y políticamente mucho más importante que en cualquier otro país.

En el aspecto técnico, la explicación se encuentra en el hecho de que Norteamérica fue una tierra de inmigrantes, de grupos provenientes de distintas etnias, y la americanización de todos sólo se podía cumplir a través de la escolarización. La mayoría de los niños inmigrantes no tenían el inglés como lengua madre. por lo que debieron aprenderlo en la escuela, de tal manera que la escuela cumplió funciones que en una nación-Estado se cumplen en el hogar.

La política de inmigrantes de los Estados Unidos es diferente a la política de colonización de otros países, y ello es decisivo para el análisis, ya que para este país lo importante no era poblar la tierra norteamericana dejando a los inmigrantes como independientes de la estructura política del país, sino que el factor determinante de su política de extranjería era lo que ha sido el lema de esa nación, y que está impreso en sus billetes: *Novus Ordo Seclorum*, un Nuevo Orden del Mundo. Los inmigrantes, los recién llegados eran una garantía para que en el país se estableciera un "Nuevo Orden". Este Nuevo Orden sería la fundación de un nuevo mundo que significaba terminar con la pobreza y la opresión del Viejo Mundo.

Este nuevo orden, desde el principio, no se pensó aislado del mundo exterior, como todas las otras utopías, sino que este nuevo orden se concretaba en el mundo real y se caracterizó, desde sus inicios, por el hecho de que esta nueva república planeaba abolir la pobreza y la esclavitud, recibiendo en sus tierras a todos los pobres y esclavizados de la tierra. Arendt cita las palabras de John Adams, pronunciadas en 1765, antes de la Declaración de la Independencia: "siempre pienso en el establecimiento de América como en la apertura de un gran esquema y designio de la Providencia para la iluminación y emancipación de la humanidad esclavizada de toda la tierra" (p. 187). Así empezó Estados Unidos su existencia histórica y política.

El entusiasmo extraordinario por lo que es nuevo en casi todos los aspectos de la vida americana, y la confianza paralela en lo que Tocqueville llamó "una perfectibilidad indefinida" para lo mejor — que, según el mismo autor, era el credo del hombre no letrado norteamericano—, se anticipó en casi cien años a lo que después se dio

en otros países de Occidente. Este interés por lo nuevo pudo haber determinado que se prestara mayor atención y se adjudicara mayor significado a los recién nacidos; sin embargo, hace notar Arendt, eso no fue así, y no se pensó suficientemente ni en ellos ni en la natalidad¹, como se verá más adelante.

Arendt hace notar un hecho adicional que, según ella, se ha vuelto decisivo para el significado que la educación tiene. Se refiere al fenómeno de los niños que, al superar la infancia, están a punto de entrar a la comunidad de adultos como *jóvenes*, y que los griegos llamaban "los nuevos". A pesar de que este concepto es antiguo, no se desarrolló conceptual y políticamente hasta el siglo XVIII. De los planteamientos de Rousseau se derivó un ideal educativo según el cual la educación debía unirse con la política de una manera especial. Para este pensador, la educación se debía convertir en un instrumento de la política, y la propia actividad política se concebía como una forma de educación.

Esta idea, hizo pensar que pareciera natural el hecho de que era necesario formar especialmente a los niños, ya que ellos, en el futuro, serían quienes formarían el nuevo orden político que se quiere establecer. Así, en Europa las ideas de Rousseau implicaron un serio equívoco. Los movimientos revolucionarios de corte tiránico arrebataron a los niños a sus padres para que fueran adoctrinados en la idea política imperante. Por otra parte, se intentó presentar lo nuevo como si lo nuevo ya existiera, como un *fait accompli*. No se advirtió que se trataba de un nuevo plan que quería implantarse y que era inexistente hasta ese momento.

Según nuestra autora, la educación no tiene que tener un papel en la política, porque en la política siempre tratamos con gente que ya está educada. Advierte que quien quiere educar a los adultos en realidad quiere obrar como su guardián y apartarlos de la vida política. (La esfera política es un lugar donde ser libre es serlo en la desigualdad y en la posibilidad de escuchar y ser escuchado). En la política la palabra educación tiene para nuestra autora un sentido perverso, ya que se habla de educación, pero la meta es la coacción. Nos dice que es parte de la propia condición humana que cada generación crezca en un mundo viejo, de modo que "prepararlos para un nuevo mundo sólo puede significar que se quiere quitar de las manos de los recién llegados su propia oportunidad ante lo nuevo" (p. 189).

¹ Véase, de Hannah Arendt, *La condición humana*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1993.

Lo anteriormente expuesto no pasó en los Estados Unidos, y por ello, dice la autora, resulta tan difícil juzgar estos asuntos en términos correctos. En ese país —dado el hecho de ser tierra de inmigrantes—, se dio la idea ilusoria de que la escuela no sólo servía para americanizar a los niños sino que también a los padres, por lo que la idea de que dejarían atrás el viejo mundo se instauró como posible. No se consideró que el mundo al que se introduce a los niños en Norteamérica es un mundo igualmente viejo, es decir preexistente, construido por los vivos y los muertos, y sólo es nuevo para los que acaban de entrar en él como inmigrantes. En esto la ilusión fue más fuerte que la realidad y surgió directamente de una experiencia norteamericana básica, la de que se puede fundar un “nuevo orden”. Este nuevo orden se establecería con la conciencia plena de un continuo histórico, porque la expresión “Nuevo Mundo” deriva inevitablemente de un “Viejo Mundo” —ese mundo que no tenía respuesta para la pobreza y opresión en que vivían muchas personas—. De esta manera, el nuevo mundo contenía, por definición, al viejo mundo.

En cuanto a la educación misma, la ilusión —que no corresponde a la realidad—, surgida del fenómeno de lo nuevo no provocó en Norteamérica sus consecuencias más serias sino hasta este siglo. Ello, relacionado con la forma como se aplicaron un complejo de teorías educativas modernas (sensatas algunas e insensatas otras). Este conjunto de teorías educativas —que en Europa quedaron en el plano de algunas pocas escuelas experimentales—, en Norteamérica desterraron todas las tradicionales métodos de enseñanza y aprendizaje establecidos hasta entonces. Las nuevas técnicas pedagógicas se impusieron en forma masiva, servil y poco crítica desde hace veinticinco años, contando hacia atrás a partir de la fecha en que Arendt escribió este artículo².

La crisis de la educación americana anuncia la bancarrota de la educación avanzada y presenta un problema de inmensa dificultad, especialmente porque surgió dentro de una sociedad de masas y en respuesta a las demandas que la sociedad hacía.

Otro factor que si bien no ocasionó la crisis pero que la agravó, es el papel único que el concepto de igualdad siempre tuvo y tiene en la vida de los norteamericanos. Lo implícito en este concepto es mucho más que la igualdad ante la ley, más que la desaparición de la diferencia de clases, más incluso de lo que se expresa en la frase “igualdad de oportunidades”.

² “La crisis en la educación”, como indicamos al comienzo, fue publicada originalmente en 1958.

La asistencia obligatoria a clases se extiende hasta los 16 años. Los institutos, así, son básicamente una especie de continuación de la escuela primaria. Ello trae como consecuencia falencias en la educación secundaria. La preparación para los cursos universitarios está a cargo de las propias universidades (el bachillerato norteamericano), por lo que los planes de estudio sufren de una sobrecarga crónica, lo que afecta el trabajo que se hace en ellas.

Por otra parte la educación en una sociedad de masas, ya no es un privilegio de las clases ricas. Arendt hace un paralelo con Inglaterra, donde los niños, después de los 11 años, deben pasar por los temidos exámenes de selección, que eliminan a casi el 90% de quienes lo rinden. En los Estados Unidos esta idea sería sencillamente impensable. En el país europeo se busca una meritocracia que, si bien es una vez más el establecimiento de una oligarquía, en este caso no está basada en la riqueza o el apellido, sino en el talento. En Estados Unidos esta división de los niños en dotados y no dotados se consideraría intolerable. La meritocracia contradice el principio de igualdad norteamericano.

Así, es posible decir que lo que hace tan aguda la crisis educativa es el carácter político del país que lucha por igualar o borrar, en la medida de lo posible, las diferencias entre jóvenes y adultos, entre personas con talento y sin talento, entre jóvenes y adultos y, en particular, entre alumnos y profesores. Es evidente que este proceso puede cumplirse de verdad sólo a costa de la autoridad del profesor y a expensas de los estudiantes mejor dotados. Todo ello no puede explicar *en última instancia* la crisis, ni tampoco justificarla.

2. Las razones que llevaron al desastre de la educación norteamericana

Las medidas desastrosas a las que ha llegado la educación en Estados Unidos se puede relacionar con tres supuestos básicos.

Que existe un mundo adulto y una sociedad infantil ambos autónomos, por lo que es posible entregar a los niños a su propia autonomía, para que estos se autogobierren. Los adultos sólo deberán ayudar en este gobierno. La autoridad que le dice al niño lo que debe y no debe hacer está dentro del propio grupo infantil. Entre otras consecuencias, esto produce una situación en la que el adulto, como individuo, está inerte, sin capacidad de respuesta eficaz, ante el niño, y no establece contacto con él. Sólo le puede decir que haga lo que quiera

y, después, evitar que ocurra lo peor. Así se rompen las relaciones reales y normales entre niños y adultos, surgida de la coexistencia de personas de todas las edades.

Dentro del grupo el niño está peor que antes, porque la autoridad de un grupo infantil siempre es más fuerte y tiránica de lo que puede ser la más severa de las autoridades individuales. Las posibilidades que tiene cada uno de rebelarse o de hacer algo por su cuenta son casi nulas. El niño ya no se encuentra en una lucha desigual con una persona que, sin duda, tiene una superioridad absoluta ante él, sino en una lucha con el grupo de iguales. Nos dice Arendt que si para los adultos enfrentar la tiranía de un grupo es difícil, para los niños esta situación es más difícil aún. Los niños son incapaces de sobrellevarla. Así, al liberarse del adulto, el niño quedó sujeto a una autoridad mucho más aterradora, y tiránica de verdad: la autoridad de la mayoría.

Por otra parte, no pueden apartarse de ese mundo e ir a refugiarse al mundo de los adultos, porque este mundo está cerrado para ellos, dado que el mundo del niño y del adulto son mundos autónomos. Ante este hecho algunos niños reaccionan refugiándose en el conformismo o en la delincuencia juvenil y, a menudo, en una mezcla de ambas cosas.

Otro supuesto que conduce al desastre se relaciona con la enseñanza. Bajo la influencia de la psicología llamada moderna y del pragmatismo, la pedagogía se emancipó de las materias concretas que se quieren enseñar. Así, un maestro puede enseñar de todo y no necesita especializarse en una asignatura específica, Sólo necesita saber técnicas pedagógicas. Esto trajo como consecuencia que los maestros descuidaran su propia preparación en determinadas asignaturas. De esta manera, el profesor sólo está un poco más adelantado que sus alumnos en cuanto a conocimiento, lo que implica que ya no existe la autoridad del profesor en el plano del conocimiento, porque sabe casi lo mismo que sus alumnos.

El supuesto del pragmatismo como idea base de la pedagogía sostiene que sólo se puede saber y comprender lo que uno mismo haya hecho. Ello significó sustituir el aprender por el hacer. La intención a la base de este planteamiento era que el docente no transmitiera "conocimientos muertos" y que pudiera demostrar cómo se produce cada cosa. Lo que se quería desarrollar eran habilidades en lugar de conocimientos. Los institutos de enseñanza se transformaron así en entidades vocacionales que le dieron más importancia a conducir un auto, una máquina, etc., que al aprendizaje.

Por otra parte todas estas habilidades se adquirirían mediante técnicas pedagógicas basadas en el juego, por ser ésta la actividad más espontánea en el niño. La sustitución del aprender por el hacer y la del trabajo por el juego está ilustrada en la enseñanza del idioma. Se le enseña al niño hablando, es decir, haciendo algo y no estudiando gramática o sintaxis. En otras palabras aprende una lengua extranjera del mismo modo que un bebé aprende su lengua materna, como si jugara, y en la continuidad ininterrumpida de la existencia cotidiana.

Sea cual sea el nexo entre hacer y saber o la validez de la fórmula pragmática al campo educativo, este hecho tiene un carácter absoluto, separando al mundo infantil del mundo adulto, de la misma manera que el primer supuesto. También con el pretexto de respetar la independencia del niño, se le excluye del mundo de los adultos y se le mantiene artificialmente en el suyo. Esta separación del niño es artificial y rompe la relación natural entre los mayores y los pequeños que, entre otras cosas, permite a los adultos enseñar y a los niños aprender.

En el momento de escribir el texto, Arendt hace notar que la reforma educativa que se estaba discutiendo en ese país consideraba los planteamientos expuestos; no obstante ella sostiene que deberían considerar otros dos aspectos, a saber:

Qué aspectos del mundo moderno y de su crisis se reflejan en la crisis de la educación, y analizar cuales son las verdaderas razones de que durante decenios las cosas se dieron e hicieron en contradicción tan manifiesta con el sentido común.

Qué podemos aprender de esta crisis en cuanto a la esencia de la educación, no en el sentido de que siempre se puede aprender de los errores, sino más bien a través de realizar una reflexión sobre el papel que la educación desempeña en todas las culturas, sobre la base de la exigencia que implica para todo el grupo social.

3. El problema de la autoridad, del conservadurismo y de la responsabilidad con respecto al mundo en educación y en política

La educación es una de las actividades más elementales y necesaria de la sociedad humana, que no se mantiene siempre igual, sino que está en constante renovación por la llegada de nuevos seres humanos.

El niño que llega tiene que ser educado en un doble aspecto. Es nuevo en un mundo que le es extraño y está en proceso de transformarse,

de convertirse en ser humano. Este doble aspecto que se da en los humanos, por un lado la relación con la vida y por otra con el mundo (labor y trabajo), no se da en los animales. El niño comparte con todos los seres vivos (animales) el estado de transformación. Es un ser humano que está en proceso de convertirse en ser humano. El niño es nuevo en relación con un mundo preexistente, que existía antes que el llegara y que seguirá existiendo después que él muera. Los seres humanos que ya están deben introducirlo al mundo humano.

El niño necesita para lograrlo un espacio privado, que le dé seguridad y resguardo. Sin ese lugar de recogimiento, su calidad de vida se destruye. (Aquí se puede ver la importancia que Arendt le asigna al espacio privado³). Para crecer, el niño necesita de la seguridad del hogar, del mundo privado.

Dadas las características de la sociedad norteamericana, donde el niño tiene la posibilidad de formar grupo con otros niños y autogobernarse, se ve impelido a una especie de vida pública. La educación moderna, en la medida que aspira a establecer un mundo de niños, destruye las condiciones necesarias para el desarrollo y crecimiento vital del niño, su espacio privado. Todo lo vivo dice Arendt necesita la seguridad y resguardo de lo privado para poder desarrollarse sin dificultad.

Se pregunta entonces nuestra pensadora, cómo pudo ser posible que el niño quedara expuesto a lo que caracteriza el mundo adulto, a saber, el mundo público. Sobre todo, si se había llegado a la idea de que el error básico de toda la educación antigua había sido el ver al niño como un adulto pequeño. Se recae en el mismo error de antaño, pero de otra manera. La razón de esto debe buscarse en los criterios y prejuicios acerca de la vida privada y del mundo público y de la interrelación entre ambos, característicos de la época moderna. Si bien esta época considera la vida terrena del individuo y de la familia como un bien supremo, en contraste con los siglos anteriores, libera, emancipa esa vida, así como todas las actividades relacionadas con su preservación y enriquecimiento, del resguardo y ocultamiento de lo privado, exponiéndola a la luz del mundo público.

Lo que fue una emancipación para trabajadores y mujeres que reclamaban y querían ver y ser vistos, que reclamaban el espacio público, fue una traición para los niños, dado que ellos necesitan del espacio

³ Véase, al respecto, *La condición humana*.

privado para poder desarrollarse, y no están todavía preparados para asumir el mundo público. Cuanto más descarta la sociedad moderna la distinción entre lo privado y lo público, más difícil son las cosas para los niños dado que, por naturaleza, necesitan la seguridad de un espacio íntimo, retirado, recoleto, para poder madurar sin perturbaciones.

No obstante, resalta nuestra autora, por muy serias que sean estas transgresiones, no son intencionales. La meta de la educación moderna ha sido el bienestar del niño, aunque no haya tenido éxito en esa empresa.

Si bien las tareas educativas recaen en la escuela, aunque no sólo son responsabilidad de ésta, tienen que ver con la enseñanza y el aprendizaje en general. La situación en este caso es por completo distinta cuando la tarea de educar no a los niños sino a *los jóvenes*. Para Arendt es este el problema más urgente de los Estados Unidos de hoy. ¿Qué hay en el fondo de este asunto?

El niño entra al mundo cuando empieza a ir a la escuela, pero la escuela no es el mundo ni pretende serlo, ya que es la institución que interponemos entre el campo privado del hogar y el mundo. No obstante, quien exige la asistencia a la escuela no es la familia sino el Estado, es decir el mundo público. Por consiguiente, en relación con el niño, la escuela viene a representar el mundo en cierto sentido, aunque no sea de verdad el mundo. Es y no es el mundo. Los adultos asumen una vez más una responsabilidad con respecto al niño, pero no se trata de la responsabilidad por el bienestar vital de la criatura sino, más bien, por lo que se llama libre desarrollo de cualidades y talentos específicos. Es en esto en lo que estriba el carácter único que distingue a cada ser humano de los demás.

El adulto, los educadores, representan para el joven un mundo cuya responsabilidad asumen, aunque a ellos mismos no les guste el mundo que representan. Por otra parte, introducen al niño a un mundo que es cambiante. Inevitablemente, en la educación la responsabilidad con respecto al mundo adopta la forma de autoridad. Si bien la autoridad no es lo mismo que la calificación, esta última ayuda a que el profesor pueda ser visto como autoridad. La calificación del profesor consiste en conocer el mundo y en ser capaz de darlo a conocer a los demás. Pero la autoridad descansa en el hecho de que asume la responsabilidad con respecto a este mundo. Ante el niño el maestro es una especie de representante de todos los adultos, que le dice al niño "este es nuestro mundo". Sea cual sea la actitud personal respecto de este problema, es evidente que en la vida pública y en el mundo político la autoridad hoy en día no tiene ningún

papel. En estos tiempos hay desconfianza y rechazo de toda autoridad. La violencia y el terrorismo son una muestra de ello.

En esencia, esto significa que la gente no quiere que cualquiera reclame o reciba la responsabilidad de ocuparse de todo, porque donde quiera que haya existido una autoridad verdadera, se le adjudicó la responsabilidad del curso de los asuntos del mundo. Si elimináramos la autoridad de la vida política y pública, en adelante se podría exigir a cada uno una responsabilidad idéntica respecto del curso del mundo, pero también podría significar que, consciente o inconscientemente, se repudien las demandas del mundo y las exigencias de que haya un orden en él. Así, se rechazaría toda responsabilidad con respecto al mundo, tanto la de dar órdenes como la de obedecer. En la pérdida de autoridad de la época moderna, ambas intenciones tienen un papel importante, que no se pueden separar ya que van inexorable juntas.

En la educación no puede haber tales ambigüedades. Los niños no pueden desechar la autoridad educativa como si estuvieran en una situación de oprimidos por una mayoría adulta. Aunque en las modernas prácticas educativas sí se ha tratado a los niños como si fueran una minoría oprimida. El desechar la autoridad en la educación sólo puede significar no asumir la responsabilidad del mundo al que han traído a sus hijos.

Existe una conexión entre la pérdida de autoridad en la vida pública y en la vida política, por un lado, y lo que se produjo en los campos privados y prepolíticos de la familia y de la escuela por otro. Cuanto más radical sea la desconfianza de la autoridad en la esfera pública, tanto más probable es que en la esfera privada ésta no se mantenga intacta. Además, está el hecho de que desde tiempos inmemoriales, en nuestra tradición de pensamiento político, nos acostumbramos a considerar que la autoridad es autoridad absoluta. Así la autoridad de los padres sobre los hijos, de los profesores sobre los alumnos. Este modelo, que encontramos en Platón y Aristóteles, es lo que da una ambigüedad extraordinaria al concepto de autoridad en política hoy en día. Esta forma de concebir la autoridad, como una superioridad absoluta, nunca puede existir entre adultos, y desde el punto de vista de la dignidad humana, jamás debe existir. En segundo lugar, siguiendo el patrón de una guardería, se pasó de una superioridad absoluta a una superioridad meramente temporal, aplicándose a relaciones que no son temporales por naturaleza, como la que existe entre gobernantes y gobernados. Tanto en la naturaleza de la crisis actual de la autoridad, como en la naturaleza de nuestro

pensamiento político tradicional, la pérdida de la autoridad iniciada en el campo político debe terminar en el privado. Nos dice Arendt: “no es accidental que el lugar en que la autoridad política se vio socavada por primera vez – América – sea el lugar en el que con mayor fuerza se manifiesta la actual crisis de la educación” (p.203).

El hombre actual no pudo encontrar para su desencanto con el mundo, para su desagrado frente a las cosas como son, una expresión más clara que su negativa a asumir frente a sus hijos la responsabilidad de todo lo que ocurre en el mundo. Es como si los padres dijeran con su actitud, “en este mundo, ni siquiera en nuestra casa estamos seguros; la forma de gobernos en él, lo que hay que saber, las habilidades que hay que adquirir son un misterio también para nosotros. Tienes que tratar de hacer lo mejor que puedas; en cualquier caso, no puedes pedirnos cuentas. Somos inocentes, nos lavamos las manos en cuanto a ti” (p. 203). Esta actitud nada tiene que ver con aquel deseo revolucionario de un Nuevo Orden del Mundo, que animó en tiempos pasados a los Estados Unidos. Más bien, esta actitud es un síntoma de este moderno distanciamiento con el mundo —como que no nos perteneciera—, y que es especialmente radical en las sociedades de masas.

Las modernas experiencias educativas que se adoptaron no sólo en Estados Unidos, tenían poses muy revolucionarias, lo que, en cierta medida, aumentó la dificultad de reconocer claramente la situación. Por otra parte, hace notar Arendt, mientras los Estados Unidos estuvieron de verdad animados por el espíritu del Nuevo Orden, nunca soñaron con iniciarlo e imponerlo en el ámbito de la educación. En aquella época se mantuvieron en la educación prácticas más bien conservadoras. El conservadurismo, entendido en el sentido de la conservación, es la esencia de la actitud educativa, cuya tarea es proteger al niño ante el mundo, al mundo ante el niño, a lo nuevo ante lo viejo, a lo viejo ante lo nuevo. Pero esa actitud conservadora sólo vale en el campo de la educación, o, más bien, en relaciones entre personas formadoras y niños. No es válida en el ámbito político, donde actuamos entre y con adultos. En política, esta actitud conservadora que acepta el mundo tal cual es y que sólo se esfuerza por mantener el *statu quo*, no lleva más que a la destrucción. Ello, debido a que el mundo queda irrevocablemente destinado a la ruina del tiempo y ello ocurrirá si los seres humanos no se deciden a intervenir, alterar y crear lo nuevo. Arendt usa las palabras de Hamlet para ilustrar este hecho: “Los tiempos están confusos. Oh, maldita desgracia, que haya nacido yo para ponerlos en orden”. Eso es

más o menos verdadero dice nuestra autora, para cada nueva generación, es decir, cada nueva generación debe intervenir y crear algo nuevo.

Siempre educamos para un mundo que está confuso, porque esta es la situación humana desde que se creó el mundo, ya que el mundo está hecho por mortales. A pesar, nos advierte Arendt, que el mundo se está marchitando y puede llegar a ser tan mortal como los humanos. La esperanza está puesta en lo nuevo que siempre trae cada generación. Dado que basamos nuestra esperanza en lo nuevo, lo destruimos si tratamos de controlar el fenómeno de la natalidad⁴. Precisamente, por el bien de lo que hay de nuevo y revolucionario en cada niño, la educación debe ser conservadora, tiene que preservar el elemento nuevo e introducirlo como novedad. En un mundo viejo, por muy revolucionarias que sean sus acciones, siempre será anticuado, y está al borde de la ruina a los ojos de la última generación.

4. Los problemas del conservadurismo, la autoridad y el rescate de la tradición como base para establecer algo nuevo.

La verdadera dificultad de la educación moderna está en el hecho de que el conservadurismo es muy difícil de alcanzar en nuestros días. Las razones de ello están en la crisis de la autoridad. La crisis de la autoridad en la educación está en conexión directa con la crisis de la tradición; o sea, la crisis hacia mirar el pasado. Para el educador, esto es muy difícil, porque su tarea es mediar entre lo viejo y lo nuevo. Su profesión le exige un respeto extraordinario hacia el pasado. En Roma esto era así, rasgo que no fue adquirido por el cristianismo. Los romanos consideraban como modelo el pasado por el mero hecho de serlo. Consideraban a los antepasados, en todos los casos, como modelos, y sostenían que la edad más digna del hombre es la vejez, dado que el anciano que está casi en la categoría de antepasado puede servir como modelo para los vivos. Esta postura se contradice con nuestros tiempos, desde el Renacimiento hasta hoy en día. Goethe decía que envejecer es "retirarse gradualmente del mundo de las apariencias" (p. 205). Este comentario es concordante con el espíritu de los griegos, para quienes ser y parecer coinciden. Para los romanos, en cambio, al envejecer y desaparecer poco a poco del mundo de los mortales, era cuando el hombre alcanzaba su forma de ser más característica. Arendt cita a Polibio, historiador romano, quien decía que educar es simplemente

⁴ Remitimos, de nuevo, a *La condición humana*.

“hacerte ver que eres digno de tus antepasados” (p. 206). Camaradería y autoridad eran las dos caras de una misma moneda, y la autoridad del maestro tenía una base firme en la omnipresente autoridad del pasado. Aparece aquí un rescate de la tradición.

En la actualidad no estamos en esa posición, dice Arendt; es como si nos hubiésemos apartado del recto camino, pero con la posibilidad de volver a él. Cada vez que se produzca una crisis en el mundo, no se debería seguir adelante ni retroceder sin más ni más, dado que la inversión nos llevaría a la misma situación que dio lugar a la crisis. Se requiere un pensar reflexivo, que considere tanto el pasado como el futuro. Es decir, la tradición y la natalidad.

El problema de la educación en los tiempos modernos, se centra en el hecho de que, por su propia naturaleza, no puede renunciar a la autoridad ni a la tradición, y aun así, debe desarrollarse en un mundo que ya no se estructura gracias a la autoridad, ni se mantiene unido gracias a la tradición. No sólo los maestros, sino todos nosotros debemos ser capaces de separar de una manera concluyente la esfera de la educación de otros campos, sobre todo del ámbito vital público, político, para aplicar en el campo de la educación el concepto de autoridad y mostrar ahí una actitud hacia el pasado que es válida en ese campo, pero que no tienen una validez general ni debería ser aplicada en otros ámbitos del acontecer humano. En la práctica, ello sería enseñar a los niños cómo es el mundo y no instruirlos en el arte de vivir. Como el mundo es viejo, siempre será más viejo que ellos, por lo que el aprendizaje debe, inevitablemente, volverse hacia el pasado.

La línea trazada entre los niños y los adultos podría significar que no se puede educar a los adultos ni tratar a los niños como si fueran personas mayores, pero al mismo tiempo no se debe permitir que esta línea se convierta en un muro que separe a los niños de la comunidad de adultos, como si ambos no compartieran un mismo mundo. A la par, es posible decir que no existe una regla general que fije la línea divisoria entre la niñez y la vida adulta, dado que esa línea cambia según la edad de un país a otro, de una civilización a otra, incluso de una persona a otra.

En nuestra civilización, el fin de la niñez coincide con la licenciatura universitaria más que con el certificado de los institutos profesionales. Dado que estos últimos buscan introducir al joven en un segmento limitado y específico de él y no en *el mundo* como un todo. No se puede educar sin enseñar; una educación sin aprendizaje es vacía y, por tanto, con gran facilidad degenera en una retórica moral-emotiva. Es

más fácil enseñar sin educar, y cualquiera puede aprender cosas hasta el fin de sus días, sin que por ello sea educado.

Lo que aquí interesa, no es la pedagogía como ciencia, sino la relación entre las personas adultas y los niños en general. Lo que interesa es la actitud hacia la natalidad y la tradición, la dinámica de intercambio entre las generaciones. La educación es el punto en el que decimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, a no ser por la llegada de los nuevos, sería inevitable. Dice Arendt: “mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y liberarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común” (p.208).